

Q445
B85
V-33

DE BUFFON

DE CIENCIAS NATURALES



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON



HIMENO

EN ELOGIO

DE MR. JORGE LUIS LECLERO,
CONDE DE BUFFON.

Original del célebre naturalista Mr. Bernardo German Estéban de La Ville y la
Fond, conde de Lacepede,

TRADUCCION LIBRE

DE DON ROBUSTIANO PEREZ DE SANTIAGO,

PROFESOR DE AGRICULTURA Y CIENCIAS NATURALES EN LA ESCUELA
SUPERIOR NORMAL DE ZARAGOZA (1).

Preparaba yo este nuevo volumen para completar la Historia natural, publicada con feliz éxito por Buffon, cuando este grande hombre, una de las mas ricas joyas que la Francia atesoraba, hubo de terminar su

(1) Con tanto placer como justicia dedico esta traduccion á mi buen amigo Don José Maria Santos. Al ocuparme de ella, me propuse imitar, mas bien que copiar literalmente, al ilustre Lacepede, que en esta composicion desplegó todas las galas de su estilo correcto y puro, realzándolo con los brillantes rasgos de su poético nùmen. Quise, como él, dar

gloriosa carrera. En todos los países iluminados por la antorcha de las ciencias, había repetido el eco los entusiastas aplausos concedidos al célebre naturalista; pero después de su muerte, fué mayor aun la expansión de los ánimos: unieronse á los acentos de la admiración los del sentimiento producido por tan dolorosa pérdida; y desde entonces, por decirlo así, comenzó la posteridad á coronar su estatua.

¡Cuán grato me sería poseer un estilo elocuente, para unir mi voz al universal aplauso, pronunciando el elogio de ese hombre eminente, en el santuario mismo que su genio consagró á la ciencia!

Cuando Platon abandonó sus restos mortales, para volar al templo de la inmortalidad, sus discípulos se reunieron en el famoso promontorio de Sunium (1), inmediato á la célebre Atenas, donde, con suma veneración, habían frecuentemente escuchado su voz respetable y seductora: allí con los ojos bañados en llanto y el corazón traspasado de amargura, exhalaban tristes ayes sobre el antiguo peñasco en que se estrellaban las olas del mar, y en donde, sentado su maestro como el Padre de los Dioses sobre la cima del Olimpo,

vuelo á la fantasía; pero solo al genio es lícito trasladarse á un mundo ideal, y trazar las inspiraciones de una imaginación ardiente, sin incurrir en defectos graves, que nos hace conocer una juiciosa y sana crítica: la de mi inteligente amigo debió de serme, por tanto, muy provechosa; y por ello, me creo en el deber de consagrarle este insignificante fruto de mi laboriosidad.—*El traductor.*

(1) Descrito y representado en los *Viages del joven Anacharsis.*

les había revelado los secretos de la ciencia, é inculcado las sublimes máximas de la virtud. Consagraron aquel monte á su sábio preceptor, mirándole desde entonces con veneración religiosa: y para manifestar lo mucho que les hacía sufrir tan irreparable pérdida, y al mismo tiempo, fortalecer su espíritu con el recuerdo de las luminosas doctrinas por él dilucidadas, entonaron un canto funeral, ensalzando en tristes endechas el genio del insigne filósofo, y expresando, á la vez, el pesar que oprimía el pecho de sus admiradores y discípulos.

¡Cuánto es desentir que, en alabanza del moderno Platon, no podamos entonar un himno fúnebre todos aquellos que, consagrados al estudio de las ciencias naturales, hemos conocido la dicha de tenerle por mentor! Esta dicha pasó para no volver jamás; pero no sin dejar en nuestra alma una sensación profunda, y en nuestro corazón un tierno é indeleble recuerdo: quedarnos del sábio maestro lecciones sublimes que aprender, y admirables ejemplos que debemos esforzarnos en imitar.

¡Pluguiera á Dios que, para recordar las unas y ensalzar dignamente los otros, pudiéramos congregarnos en uno de los mas antiguos monumentos elevados por la naturaleza creadora; en uno de esos encumbrados montes, cuyas cimas, cubiertas de eterna nieve, dominan á las nubes y parecen juntar la tierra con el cielo!... En aquellas enormes masas, sobre aquellas duras rocas de granito, que en vano los si-

glos se propusieron destruir, y que han resistido inertes á la terrible lucha de los elementos, iríamos á grabar el nombre inmortal de Buffon. A esos peñascos, testigos elocuentes de las antiguas conmociones de nuestro planeta, y padron eterno de las edades que han trascurrido, iríamos á confiar nuestra admiracion y nuestro profundo quebranto; porque ellos son tambien el mas digno monumento del hombre insigne que acometió la empresa de describirlos.

Pero ya que, por desgracia, anhelamos un imposible, fijese, al menos, nuestra fantasía sobre una de esas cimas escarpadas, descienda luego al borde de los insondables abismos, y vuelva á elevarse sobre las mas altas cumbres, para contemplar el magestuoso espectáculo que ante sus ojos se presenta.....

Es de noche: ninguna nube vela el firmamento: al través de la atmósfera mas pura brillan esplendentes las estrellas fijas, y las errantes reflejan una luz placida y serena. Llenos de admiracion, creemos ver al *Genio de la Naturaleza* en el acto de contemplar el universo (1). Todo nos recuerda esas vivas imágenes que la pluma de Buffon trazó con inimitable maestría, al copiar con noble audacia el vasto panorama de los cielos: y arrebatados en presencia de tantas maravillas, nos sentimos inspirados para cantar en loor del que con tal acierto las ha descrito.

«Saludámoste, ¡oh Buffon! sublime pintor de este

(1) Véase, en la edicion original, la lámina que sirve de frontispicio á la *Teoría de la tierra*, por Buffon.

espectáculo augusto; á tí, cuyo genio audaz, no contento con recorrer la inmensidad de los cielos y medir los limites del espacio, intentó asimismo calcular los del tiempo.

«Tú preguntaste á la materia, por virtud de qué poder se hallan en combustion esos astros inmóviles, esas esferas abrasadas del universo que, con su brillante fulgor, iluminan á nuestro globo.

«Tambien preguntaste á los siglos, qué motor poderoso es el que impele á esos astros errantes que, con su luz reflejada, giran cual humildes siervos, en torno de los soles que los dominan.

«Saludámoste, ¡oh cantor inmortal de los cielos! ¡Qué el firmamento sembrado de estrellas, que las demas antorchas diseminadas en el espacio, que todo ese aparato magnífico con que se embellece la noche, recuerden eternamente tu gloria!»

Ya los primeros albos del dia se difunden por el Oriente: el astro de la luz aparece en toda su magestad, dorando las elevadas colinas que ocultan su frente entre las nubes, y reverberando su imagen en las densas capas de nieve con que se cubren los montes. Un estenso mar parece haber invadido el globo: tan solo algunos picos cubiertos de hielo resplandeciente descuellan sobre el nivel de tan amplia superficie; y las olas, impelidas por el viento, ruedan en grandes masas, y se arremolican y encrespan de súbito, como si pretendiesen dominar la cima de las gigantes rocas. Creemos, lo mismo que Buffon, ver á la tierra bañada

todavía por las aguas del Océano, y recibir en medio de las ondas su forma, sus escabrosidades, sus montañas, sus valles y sus selvas.—Reanimase el estro que nos inspira, y nuestro himno continua (1).

(1) He aquí lo que, acerca de esta composición, dejó sentado el barón de Cuvier, en su elogio histórico al conde de Lacepede, que pronunció en la *Academia de las Ciencias*, el 5 de junio de 1826.

«Buffon acababa de morir.... El segundo tomo de la obra (la de los peces por Mr. de Lacepede) concluye con un elogio de este grande hombre, ó, mas bien, con un himno á su memoria, un ditrambo elocuente, que el autor supone cantado por todos los naturalistas, sus discípulos, en honor *del que se ha remontado sobre nuestro globo para cantar sus edades; que ha visto salir á la tierra del seno de las aguas, y á los abismos del mar poblados de seres, cuyos restos formarán un dia nuevas costas; del que ha grabado en un monumento, mas duradero que el bronce, los rasgos augustos del rey de la creacion, y que nos enseñó la forma, la fisonomía, las costumbres y los caracteres de los diferentes animales, espresando sus nombres, é indicando los países en que habitan* (*).»

Tales son las magníficas palabras con que Mr. de Lacepede espresa los sentimientos que rebosan en su corazón. Lacepede lleva estos sentimientos hasta el mas ardiente entusiasmo; pero no es de admirar, toda vez que un Buffon los inspira, y que los inspira á su amigo predilecto, á su caro discípulo, al hombre, en fin, que escogió para hacerle participe de su reputación y su gloria. Grande es, por cierto, la dicha del que logra dejar en el mundo tan gratas impresiones; pero grande también, y acaso mayor, es la de experimentarlas tan vivamente, para transmitir las despues con tan brillantes imágenes, con tal fuego y valentía.»

(Nota del traductor).

(*) Consúltese, á mayor abundamiento, el tomo 27 de esta obra, pág. 28.

(Nota del traductor).

«Saludámote, ¡oh Buffon! Llorá tí, cuyo preclaro nùmen, despues de haber recorrido la inmensidad del tiempo y del espacio, descendió á nuestro globo para contar sus edades (1).

«Tú viste á la tierra salir del seno de las aguas, y á las montañas de órden secundario elevarse por los esfuerzos reunidos de las corrientes del mar: descendiste á los valles producidos por la escavacion de sus ondas, y designaste los vegetales que habian ostentado su verdor sobre las primeras alturas abandonadas por el agua. Viste también á esos árboles de frondoso ramaje, arrebatados despues por las olas enfurecidas; y á los abismos recibir este precioso depósito, como un manantial de calor y de fuego para las edades venideras. Observaste, por último, que las llanuras del vasto Océano están pobladas de animales, cuyos despojos constituyen nuevas costas, ó con sus sedimentos destruyen las antiguas.

«Tú viste al fuego brotar impetuosamente del seno de la tierra, en medio de las olas que se retiraban para abrirle paso; y observaste que, á su poderoso esfuerzo, se desquiciaron las antiguas montañas, alzáronse otras nuevas, y se cubrieron las llanuras de torrentes inflamados. Viste bramar la tempestad enfurecida, viste cruzar por los aires el rayo destructor: y al mismo tiempo que examinabas la fuerza del huracán, cuando conmueve las olas del mar embravecido, tu

(1) *Teoría de la tierra y épocas de la naturaleza*, por Buffon.

mirada de águila penetró en las cavidades de la tierra para inquirir las causas que producen el terremoto.

«Saludámoste nuevamente, sublime pintor de la naturaleza, á ti, que con mágico estilo, supiste inmortalizar sus admirables creaciones. ¡Que en el cráter ardiente de los volcanes, sobre las olas enrespadas del mar, y entre el pavoroso fragor del ronco trueno, las cien trompas de la fama resuenen para ensalzar tu nombre, y llevándole el eco en sus alas, lo difunda por todo el ámbito de la tierra!»

Pero el denso vapor se disipa, y nos deja ver llanuras inmensas, fértiles campiñas, floridos verjeles y tranquilas cabañas. La naturaleza pone de manifiesto los sublimes dones que esparce su pródiga mano. Los habitantes del aire revolotean alegremente en la enramada, y saludan con su canto al astro benéfico, manantial de la luz: el águila altanera se cierne sobre las mas altas cumbres: el caballo belicoso, sacudiendo su erizada crin, retoza en las verdes praderas; y los diversos animales que contiene el orbe se presentan, como por encanto, á nuestra vista (1).

Llenos de un ferviente entusiasmo, arrebatados por la especie de delirio que se apodera de nuestra imaginación, creemos desprendernos de la tierra y ver al globo que gira bajo de nuestras plantas, presentándo-

(1) Véanse, particularmente, en la *Historia de los cuadrúpedos y las aves*, por el conde de Buffon, los artículos del caballo, el tigre, el leon, el camello, el elefante, el castor, los monos, el águila, los papagayos, el pájaro-mosca, el camichi, etc. etc.

nos sucesivamente toda su dilatada superficie.... Y nuestra mente exaltada, contempla al leon soberbio y al tigre sanguinario, que reinan orgullosos en las ardientes soledades del territorio africano; al camello, que sufre la sed cuando atraviesa los abrasados desiertos de la Arabia, y al elefante de la India, que sorprende la inteligencia del hombre con la estension de su instinto. Vemos tambien al castor del Canadá, que manifiesta con su industria el poder de la union y del orden entre un gran número de individuos; y á los monos de ambos continentes, que remedan con petulancia lo movimientos del hombre. Vemos, asimismo, á los papagayos de suntuoso plumage, que ostentan sus magnificas galas en la zona ecuatorial; al brillante pájaro-mosca y al dorado colibri del nuevo mundo, que acreditan cuán grande es la naturaleza creadora. En una palabra, tendemos la vista sobre todos los animales que sostiene el globo, sin olvidar al camichi que habita en las costas medio anegadas de la Guayana.

Y entre el inmenso conjunto que por do quiera se ofrece á nuestros ojos, vemos á la obra maestra de la fuerza productora, vemos al hombre, que, empleando las privilegiadas dotes que le otorgó el Criador, supo conquistar el cetro de la naturaleza, dominar los elementos, fertilizar el terreno, embellecer la mansión donde vió la luz primera, y embriagar su alma con los goces inefables del amor y la virtud.

Vemos, por último, en toda la brillantez de su

hermosura, el sorprendente cuadro que con tan sublime colorido trazó Buffon. ¿Déhenos, pues, admirar que todos los pueblos se hayan apresurado á ofrecerle el tributo de su gratitud?

Efectivamente, desde el polo en que brilla la osa mayor, desde los límites del vasto imperio que acata á la soberana del Newa (1), y desde aquella region fecunda en héroes, donde Reingsberg (2) ve cultivadas las artes por manos victoriosas, hasta las ardientes playas de Méjico y las cumbres del Potosí ¿qué parte del globo no conserva su memoria con reconocimiento profundo?

Y en el seno de la Aténeas de nuestro siglo, al contemplar esos lugares famosos, destinados á dilucidar las verdades científicas, ó cultivar las artes encantadoras de la poesía y la elocuencia ¿no oiremos resonar eternamente, con veneracion y aplauso, (3) el nombre inmortal de Buffon?

(1) Principalmente desde Rusia, y desde la América, tanto meridional como septentrional, se apresuraron á ofrecer al conde de Buffon los diversos objetos de historia natural que podian interesarle: recibió ademas obsequios de diferentes soberanos, y, sobre todo, de la emperatriz de Rusia.

(2) Castillo de Brandeburgo, perteneciente al príncipe Enrique de Prusia. ¡Con qué placer hablaba Buffon del aprecio que sentia hácia este príncipe! ¡Cuán grato era á su alma recordar las pruebas de estimacion que habia recibido, y ocuparse de la amistad que profesaba á la digna consorte del insigne y célebre ministro del mejor de los reyes!

(3) Entre los muchos amigos y colaboradores, que Buffon ha tenido, cúmplenos mencionar especialmente al sábio Daubenton que, nacido bajo el mismo cielo, se unió desde la

Unamos, pues, nuestra voz al armonioso concierto de las alabanzas que se le prodigan, y cantemos de nuevo arrebatados de un ferviente entusiasmo... (1).

Saludámoste, ¡oh genio sublime! Bendito seas tú, que has cantado las obras del Altísimo al compás de tu mágica lira! Tú, que con mano hábil grabaste en un monumento, mas duradero que el bronce, la imagen augusta del rey de la naturaleza, y que le has seguido con vista escrutadora por todos los climas, desde el instante en que el Criador te infunde el aliento de la existencia hasta el dia en que descende al reposo de la tumba! A tu voz quiso la naturaleza agrupar sus innumerables producciones, para que todas fuesen inspeccionadas por tí. Tú nos revelaste la

mas tierna infancia al célebre naturalista, ayudándole en sus trabajos, y participando tambien de sus laureles. Daubenton hacia las descripciones é investigaciones anatómicas, mientras que Buffon se reservaba todas las consideraciones generales, la descripcion de los países y costumbres: en una palabra, todo aquello en que podia desplegar su genio y su talento literario.

(Nota del traductor).

(1) «¡Salve, escelso númen! ¡Salve, lumbrera del siglo! Loor á tí, que con hábil pincel, describiste las catástrofes del globo, el zumbir del viento airado y el terrible bramido de la tempestad, cuando chocan los encontrados elementos y vaga por la atmósfera el rayo abrasador. Honra y prez al que se colocó á bastante altura para penetrar los mas ocultos arcanos de la naturaleza, rasgando el velo con que ocultaba á los mortales sus misteriosas operaciones.»

Habia escrito estas líneas para anteponerlas á la invocacion que sigue; mas, temeroso de incurrir en alguna repeticion de ideas ó imágenes, he de suprimir el párrafo, que era uno de los destinados á la amplificacion del himno.

(Nota del traductor).

forma, la fisonomía, las costumbres y los caracteres de los diferentes animales, has expresado en qué países habitan, é indicaste el nombre con que cada uno es conocido. Si, naturalista egregio; mereces que todos los seres se ocupen de celebrar tus glorias, y que el eco repita con voz sonora, hasta la consumacion de los siglos: «¡Llor, llor eterno al sublime poeta, que, con inefable dulzura, ha cantado las edades del mundo y las maravillas todas de la creación!»

TABLA SINONIMICA

DEL ORDEN SEGUIDO POR BUFFON EN LA DESCRIPCION DE LOS ANIMALES, Y DE LA CLASIFICACION METODICA POR CUVIER, BASADA SOBRE LA ANATOMIA COMPARADA; CON LA INDICACION DE LAS ADICIONES COMPRENDIDAS EN LOS COMPLEMENTOS DE M. LESSON.

CONCORDANCIA.

DIVISIONES ESTABLECIDAS NUEVA CLASIFICACION METODICA

POR BUFFON.

DE CUVIER (1).

PRIMERA DIVISION

DEL REINO ANIMAL.

ANIMALES VERTEBRADOS.

1^a. CLASE.—MAMIFEROS.
BIMANOS.
HOMBRE.

HOMBRE.

Raza boreal. En *Europa*: lapónes, samioides.—En *Asia*. Siberios ó tártaros septentrionales.—En *America*: groenlandeses.

Raza tartárica. En *Europa*: cercanías del mar Negro,

Raza caucásica ó blanca.
—Cinco sub-razas.

1. *Arabe.*

a. Asirios.

b. Caldeos.

c. Arabes puros.

d. Fenicios.

(4) Los animales que llevan esta señal *, han sido descritos por Mr. Lesson

(Nota de la redaccion.)

4407 Biblioteca popular.

T. XXXIII. 2